

La bella vida de Lorenzo

Tres características del que fue director de esta revista durante más de medio siglo



TONI COMÍN

Un intelectual hospitalario. Hacía tiempo que mi madre me decía: “Tu lo que tendrías que hacer es colaborar en *El Ciervo*, como hacía tu padre a tu edad, con lo que te gusta escribir.” Sería hacia el año 91, yo tendría apenas 20 años, en un acto social cualquiera me encontré con Lorenzo y, sin apenas darme cuenta, le sugerí que me invitara al consejo de la revista.

De niño, *El Ciervo* era para mí sólo la revista que dirigían los padres de María, mi compañera de clase desde los tres años y pareja de baile en fiestas infantiles. De adolescente, supe que había sido el lugar en que mi padre y algunos de sus mejores amigos habían empezado su aventura intelectual, apenas llegados a la edad adulta, como cristianos comprometidos con la emancipación social, en ruptura con el nacionalcatolicismo imperante. Ya mayor de edad, la revista pasó a ser una compañera imprescindible para satisfacer las ansias de un joven interesado a la vez por los temas sociales, políticos, religiosos, culturales, poéticos o musicales. Sólo *El Ciervo* ofrecía tal amplitud de temas y de miras, en un tono a la vez creyente y laico, comprometido y amable, de izquierdas e irónico.

El día de mi autoinvitación, Lorenzo tardó menos de un segundo en incluirme en la familia ciervista. A partir de ahí, *El Ciervo* se convirtió para mí en una especie de segunda casa, escenario de la hospitalidad humana e intelectual de Lorenzo. Recuerdo mi primer artículo, sobre un poeta, como no podía ser de otra manera. Lorenzo, en vez de cortar por la mitad un texto que, para variar, doblaba la extensión requerida, hizo, cual entomólogo, un artesanal trabajo de reducción. Y Rosario me decía: “*No et creuries el temps que li ha dedicat! Amb quin cuidado i carinyo que ho ha tallat! Perquè ets tu, perquè ets tu!*” Lorenzo, en efecto, nos enseñó a escribir.

Andados los años, siendo como era un hombre discretamente dado a las locuras, me propuso que asumiera funciones de subdirector. Le expliqué que *El Ciervo* no merecía un subdirector provisional, con fecha de caducidad desde un buen comienzo. No me hizo caso. Acepté, como le dije entonces, en calidad “de

refuerzo y no de relevo”. Porque Lorenzo, todos lo sabemos, no tenía relevo posible. No lo tiene ahora, mucho menos entonces.

Un poeta sensible. El año 93 lo invité a la Facultad de Letras de la Universidad Autónoma a dar un recital de poemas ante los alumnos de cuarto curso. Fue una mañana entrañable. Es la única vez que he visto a Lorenzo leyendo sus propios poemas.

De todas las facetas de Lorenzo, un *homme de lettres* a la vez tan integrado y tan multidimensional, me arriesgo a decir que aquélla que todos elegiríamos como compendio de todo lo que él fue es, sin duda, la de poeta. Por encima del periodista, del catedrático, del ciudadano cívicamente comprometido o del “cris-

En el año 93 lo invité a la Universidad Autónoma a dar un recital de poesía; fue una mañana entrañable

tiano de izquierdas”, según una de sus autodefiniciones preferidas, estaba el poeta. Empezó su vida pública como tal y esa ciencia exacta que es el azar ha querido que la última frase de Lorenzo publicada en *El Ciervo*, después de 50 años de cita ininterrumpida con la revista, diga: “Y el lector se pregunta: ¿Será Lizano el último poeta?” Lorenzo es, ya para siempre, nuestro último poeta.

En el poeta se resumía, creo yo, el creyente. Porque no se puede tener fe sin pudor, sin timidez, sin silencio. Y la poesía a Lorenzo le servía, diría, para callar. Saliendo del recital de la Autónoma andamos unos largos minutos por los pasillos de la facultad en silencio. Después de haberle oído recitándose, la verdad, no sabía muy bien qué decirle. Al fin, él rompió el hielo y me preguntó: “¿Y tú no escribes poemas?”. “Sí –le respondí, con cierta vergüenza– pero como son muy malos, no me pidas que te los enseñe.”

Nadie, hasta entonces, me había adivinado este secreto. Lorenzo era experto en detectar el alma de poeta que todos, los lectores y colaboradores de *El Ciervo*, los cristianos dispuestos a la utopía terrena en nombre del Reino, los

hombres y mujeres que hacen sus vidas normales en ciudades y pueblos normales, llevamos oculto.

Un místico tranquilo. En las reuniones del consejo de los noventa, aun siendo concurridas, los asistentes proponíamos temas para los números siguientes, en el particular estilo a la vez anárquico y ordenado de la revista. Recuerdo como si fuera ahora la cara de Lorenzo el día que sugerí el tema que más le gustó de todos los que nunca he propuesto. Jamás, en los quince años siguientes, conseguí provocar en él un mayor asentimiento. Era algo así como “los místicos del siglo XX”. Sólo hace falta repasar los poemas de Lorenzo para confirmar que este hombre era, sobre todo, un místico disfrazado de otras cosas. De su sentido místico nacían su poesía, pero también su compromiso cívico y social, que para él creo que era un simple y obvio mandato derivado de su fe cristiana.

El número no sólo se hizo, sino que organizamos una mesa redonda de presentación, en la que Lorenzo me hizo participar, al lado de Miquel Siguan y alguien más. Sólo el espíritu de *El Ciervo* explica que uno, en la primera intervención en público de su vida, se lance a reclamar “una nueva ilustración universalista pero multicultural, a la vez racional y mística, a la vez socialista e interreligiosa”. Lo peor es que, con los años, uno se confirma en sus proclamas cervunas. Al acabar, Rosario, una vez más: “¡Parece mentira! ¡Cómo me has recordado a Alfonso!”

Para el 20 aniversario de la muerte de mi padre, *El Ciervo* le dedicó un número –otro más– de homenaje y Lorenzo consiguió que, por primera y última vez, escribiera sobre él. Es el artículo, de todos los que he hecho para la revista, que más quiero. Poco después, Lorenzo dedicó su colaboración semanal en *La Vanguardia* al mismo tema y su artículo estaba repleto de citas del mío. “Veo que esta semana hemos hecho el artículo juntos”, le comenté más emocionado que irónico. El artículo, el de Lorenzo, se titulaba “Las bellas causas de Comín”. Hoy le robo parte de sus palabras para el título del mío, seguro que él estará encantado. ¿Qué, sino bella, en el fondo y en la forma, ha sido la vida de Lorenzo? □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de Esade